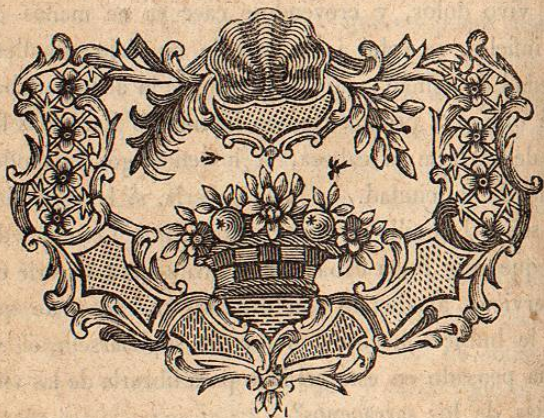


su alma. Fué para esta princesa motivo de un gusto inesplicable el ver venir al rey y demas señores al puerto de Damietta en cuatro galeras á las órdenes de Geoffroi de Sargines. El príncipe no entró en el puerto, y apenas salió de Damietta la reina y su comitiva, cuando tomaron los sarracenos posesion de la ciudad.



## CAPÍTULO XIV.

### NAPOLEON EN EGIPTO.

**D**os beyes, á saber, Mourand é Ibrahim se habiau dividido el gobierno de Egipto cuando se desembarcó allí Bonaparte el dia primero de julio de 1798. Los motivos inmediatos de la expedicion de treinta y seis mil hombres que envió el directorio á las riberas del Nilo, fueron las numerosas vejaciones que hacian sufrir los mamelucos á nuestros negociantes; pero un objeto mas grandioso, y mas profundo que la represion de sus insolentes piraterías, fué el que condujo en esta empresa al célebre Napoleon. Parece que una especie de atraccion providencial nos llama al Africa.



Algunos momentos pensó Luis XIV en un plan que le presentó Leibnitz en que se proponía apoderarse de Egipto. A su vuelta de Italia, Bonaparte se alimentó de las ideas de aquel filósofo, y concibió un gran entusiasmo. „Los grandes nombres solo se adquieren en Oriente, decía el héroe de Arcola con calor. „General, le dijo Kleber, ¡sois grande como el mundo!” y mas tarde, el tiempo le probó que no se había engañado cuando pidió al país de las pirámides el prestigio y la gloria, talisman irresistible que une la humanidad á la suerte de los grandes hombres.

Napoleon en solo dos palabras expuso el motivo político de su expedicion. „El principal objeto, dice, de la expedicion de los franceses al Oriente, era abatir el poder inglés. Del Nilo debía partir el ejército que iba á dar nuevos destinos á la India. El Egipto debía reemplazar á Sto. Domingo y á las Antillas, y conciliar la libertad de los negros con los intereses de nuestras manufacturas. La conquista de ese país llevaria consigo la ruina de los establecimientos ingleses en América y en la península del Ganges. Los franceses hechos dueños una vez de los puertos de Italia, de Corfou, de Malta, y de Alejandría, el Mediterráneo era ya un lago francés.” Pero este hermoso sueño no pudo realizarse.

A los dos dias del desembarco estaba Alejandría en poder de los franceses. Gastó algun tiempo Bonaparte en organizar el gobierno, y marchó sobre la capital. El 13 de julio Mourad-Bey, que habia ofre-

cido con la presuntuosa fanfarronería que da la ignorancia de partir á nuestros soldados como calabazas, fué á atacar al ejército; pero su impetuosa caballería se estrelló contra las bayonetas de nuestros cuadros. En su impotencia, los mamelucos para explicar una táctica desconocida para ellos, se imaginaron que nuestros infantes estaban amarrados unos con otros, y cubiertos de estacadas de ballonetes; sin embargo no se desalentaron con esta desgracia primera, y reservaron todas sus fuerzas para disputarnos el Cairo. Aguardaron á los franceses entre el Nilo y las pirámides, y se gloriaban de que verian acabar allí nuestra fortuna; pero se engañaron de nuevo sus esperanzas, porque la batalla fué decisiva, y quedó derrotado un ejército de sesenta mil hombres que habian reunido. Diez mil musulmanes, entre los cuales habia cinco mil mamelucos, quedaron en el campo de batalla, ó se ahogaron en el Nilo. Esta jornada nos entregó el Cairo, y casi todo el Egipto.

Pero á los diez dias de esta victoria, quedó aniquilada nuestra escuadra en las aguas de Aboukir, y con ella los brillantes resultados que nos prometian nuestros primeros sucesos. La pérdida de la batalla de Aboukir tuvo grande influjo en los negocios de Egipto, y aun en los del mundo entero: si se hubiera salvado la armada francesa, no hubiera tenido obstáculos la expedicion de Siria, se hubiera podido trasportar con seguridad y mas allá del desierto la artillería gruesa, y San Juan de Acre no habria detenido á los ejér-



bitos franceses. Destruida la flota, se apresuró el Divan á declarar la guerra á la Francia, y el ejército perdió un grande apoyo, su posicion en Egipto cambió enteramente de aspecto, y Napoleon debió perder la esperanza de asentar jamas el poder frances en Occidente, de resultas de la expedicion de Egipto.

Nuestro ejército de oriente reducido á sí solo, sin medios de comunicarse con Francia que estaba entonces ocupada con los repentinos reveses que sufrió en Italia y Alemania, no podia pensar en conservar sus conquistas. Así es que cuando Bonaparte, despues de haber conseguido contra los turcos en Aboukir un desagravio de nuestra derrota naval, se volvió á Francia, Kleber á quien quedó el mando, debió preparar los medios de abandonar el Egipto con el mayor honor que fuera posible, y así es que concluyó un convenio con los turcos, conforme al cual debía dejar el Egipto ántes de tres meses, y la Puerta-Otomana se comprometeria á dar al ejército frances el numero necesario de buques para trasportarlo á Francia, con armas y bagages. Pero cuando los franceses iban á salir del Cairo, significó el almirante Keith á Kleber que no consentiria la Inglaterra en la capitulacion sino bajo la condicion expresa de que el ejército frances entregara las armas y abandonara buques, municiones y bagages. Kleber respondió á este ultimatum publicándolo, y añadiéndole la frase siguiente dirigida á su ejército: „¡Soldados! á tal insolencia, no respondo sino con la victoria: preparaos á combatir.”

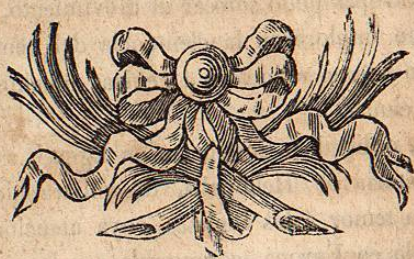
Era preciso en efecto para quedar allí, atacar y dispersar un ejército de setenta mil turcos, y esto fué lo que hicieron nueve mil franceses en la inmortal batalla de Heliópolis. Pero mientras que Kleber echaba á Siria los restos fugitivos del ejército del gran Visir, la poblacion del Cairo, levantada por los turcos fanáticos, habia asesinado á los europeos que estaban allí, y tenia bloqueados en un palacio á ciento ochenta franceses que habian quedado de guarnicion en la capital, y se defendieron dos dias de una muchedumbre encarnizada y sostenida por mas de mil soldados. Iban á sucumbir estos valientes por falta de municiones, cuando vino á librarlos un destacamento de nuestro ejército victorioso. Pero ni la presencia de Kleber ni de sus tropas pudo sofocar el movimiento, y los revoltosos no imploraron la clemencia del vencedor sino cuando vieron reducidos á cenizas muchos cuarteles de la ciudad.

Kleber, obligado á sostenerse en Egipto, asegurado con la victoria de Heliópolis, desembarazado de los turcos, sin temor á los ingleses cuya atencion estaba concentrada en Europa, conmovida con la victoria de Marengo; estaba sostenido ademas en el pais con la alianza de Mourad-Bey, á quien cedió el gobierno del alto Egipto; consolidaba mas y mas su poder, cuando cayó bajo el puñal de un asesino instigado por los ulemas, y fué víctima de la gloria que habia dado al nombre frances que tan noblemente representaba.

Era Kleber quizá el único general que podia con-



servar el Egipto, porque su gran reputacion tenia mucha influencia moral en los soldados, y la confianza del ejército en su gefe duplicaba sus fuerzas, pero su sucesor hubo de capitular en Alejandria, y los restos del ejército tuvieron que embarcarse para Francia en setiembre de 1801. Quedó tan impresa en Egipto la memoria de Napoleon, que segun Taylor, los Beduinos han enseñado á sus yeguas á relinchar al oír el nombre del *sultan del fuego*, cuyo nombre dan á Bonaparte.



## CAPTULO XV.

### MEHEMET-ALÍ Y SU FAMILIA.

**P**ARECE conveniente, dice un viajero, dar á conocer la gloriosa familia á la que están unidos irrevocablemente los destinos de Egipto. Mehemet-Alí nació en 1769 en la Caballa, y tiene por consiguiente setenta y un años (en 840). No es alto de talla, la que no pasa de cinco piés y dos pulgadas: es fuerte su constitucion, y su temperamento es eminentemente sanguíneo-nervioso. De jóven tenia blondos los cabellos y la barba: su frente es elevada y descubierta: muy manifiestos los arcos de las cejas, los ojos de castaño claro sumidos en sus órbitas, nariz mediana, y algo